IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: VICTORIA, 1287

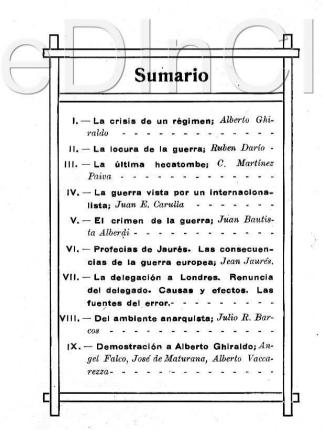
ALBERTO GHIRALDO

Año UI

BUENOS AIRES, AGOSTO 21 DE 1914

Número 114

La crisis de un régimen El crimen de la guerra La delegación a Londres



La locura de la guerra

I.-Hay la locura del amor, la locura de la gloria; La Bruyere insiste sobre la locura de la guerra. El caballero y el senador en el diálogo de De Maistre echan juntos la sonda en el mar de sangre, creyendo medir lo profundo de la verdad. Lo cierto es que la fatalidad humana es un poco darwinista. y uno de los primeros comentarios de la teoría del sabio inglés, está escrito en la quijada del asno del eficaz struglforlifero Caín. Los doctores os hablarán de la influencia divina de la espada, y el último quizás de ellos. León Blov os dirá las terribles lamentaciones de ese instrumento de Dios. La espada, hecha para los predestinados a la victoria y de la justicia por el Señor de los Ejércitos, emzilecida, prostituída, manchada o embrutecida: pues este último caso es frecuente en las modernas democracias. el arma bíblica dando así un paso: de Gedeón, a

II.—Todo contribuye en el aparato de las naciones a engrandecer y atizar el ódio humano; las coronas de los reyes, los himnos gloriosos de las conquistas del trabajo, las riquezas de los pueblos, son otros tantos fuelles que avivan el fuego, pues el cainismo es innato en el hombre y demostrativo en la misma naturaleza. Yo soy el labrador, tú el pastor; luego te condeno a muerte. Nada más impregnado del perfume de la mentira que la canción de los melifluos profetas de la fraternidad, del desinterés, de la unión y de la igualdad; desde luego la igualdad solo existe en la estagnación, en la inmovilidad, en la muerte; toda vida es un combate, es una fuerza; el número es ya una gerarquía.

III.—Espíritus jóvenes, en quienes el descubrimiento de luces nuevas a sus ojos impone una contusión de concepciones, se revelan delante de la idea de la Patria. No deja de ser una de tantas falsas formas de visión; en el fondo, la idea de la Patria está contenida en la idea de individualidad, y antes de ser social se concentra en un profundo egoismo. La Patria es la proyección del yo en un radio de utilidad y de simpatía. Al despertar al conocimiento de las cosas y a las primeras influencias emotivas, entramos en relación inmediata con la naturaleza circunstante, cielo, aire, tierra, fuentes, yerbas, hombres, todo esto que nos atrae y nos retiene, después se convierte en un símbolo: esa es la Patria. Así nos amamos a nosotros mismos en el amor de la Patria.

IV .- La bandera aparece como un signo concentrador y al mismo tiempo dotado de prodigiosa elocuencia, de tal manera que no hav quien no perciba, por esa resumida notación, todo el poema. Es la principal causa del heroismo, pues su efecto mágico obra directamente sobre la voluntad produciendo en la locura de la guerra la locura de la gloria. La necesidad del ídolo, la original tendencia a la manifestación material de la idea suprema. pone en una tela realmente la concentración de la Patria—de tal manera un teôlogo os demostraría la transubstanciación en el misterio de la misa.--Poreso en todas partes el pabellón está rodeado de una veneración casi divina. La bandera, con la reina y el hacha, son las tres cosas, todas femeninas, que no hay que tocar ...

V.—Nada más repugnante a la nobleza humana que el sport aplicado a la carrera de las armas; empomponarse, paradear en la exhibición del uniforme y de los instrumentos de la guerra; ir en compañía de soldados como en un cotillón, y, todavía desconocidos de la sangre y de la muerte, divertirse con juegos de batalla, para cuando llegue el instante del cierto combate, escapar al peligro: he ahí una de las cosas que hacen tenerse las costillas al Diablo. Pues el diablo existe y en algunos casos se llama Traición, Cobardía, Deserción. Prefiere la gloria ante esos figurines almizclados a los peludos bauzanes olientes a potro bravío, que no saben hacer una reverencia pero van al combate huracanados de valor, que no tienen corsé, pero tienen vergüenza.

VI.—Creer con exceso en la superioridad del contrario, malo. Ello equivale a considerarse bajo el peso de una montaña; la fuerza se afloja, el ánimo se aflige; el hombre que se ve atacado por mil prefiere generalmente entregarse. El esfuerzo projo se amilana ante la certeza de una derorta irremediable. Se prepara la muerte o ta huída; no se piensa en la victoria. El desastre viene generalmente precedido del miedo.

VII.—Pero, concretemos: al otro extremo está el otro abismo, y: «¡A Santiago!; ¡A Santiago!» podía ser como: «¡A Berlín!; A Berlín!» o como: «¡A Wáshington! ¡A Wáshington!» Jamás hay que desconcer el poder, la bravura, las virtudes y cualidades del enemigo: ellos deben antes bien de servir de dato preciso, de punto de comparación, para procurar igualar en lo superior, y superar en lo posible. la potencia contraria.

El pájaro del triunfo lleva el cálculo y la reflexión en el pico y en las garras, y el entusiasmo en las alas

VIII.—La guerra es bella para tí, oh joven bizarro, que, lleno de todas las ilusiones de la gloria, has nacido con buena suerte; te respetarán las balas enemigas, mientras tus compañeros caerán como frutas maduras de un árbol sacudido; serás feliz en las luchas de tal manera que al volver entre los laureles del orgullo vencedor, ta aclamarán entre los primeros hijos de la Patria;

Para tí, mercader que harás tu olla gorda con las necesidades patrióticas, de modo que, en comercio con la República, bendecirás a la discordia que te repletará la hucha y te hará rebosar de satisfacciones;

Para tí, judío extranjero, o herrero de la muerte, o señor de las pólvoras y máquinas de extirpar gentes, que darás tu dinero con el interés del Demonio y tus fierros de asesinato colectivo, a precios exquisitos, sangre y oro de pobres pueblos, echados al mar, al viento y a la tumba;

Para tí, político que irás después de la carnicería, a regordearte con los restos de la desgracia, o a inflarte al amparo de la victoria; a urdir una nueva trama, para que, cuando la nación haya recuperado la salud perdida y sus venas se hayan vuelto a llenar, inventes nuevas discordias con tu hermano o con tu próximo, que traigan una nueva aventura de odio o de envidia;

Para tí, artista, pensador, que encuentras un campo en que soltar tus águilas:

Pero esas viejas que van a llorar, esas mujeres pálidas, esos niños, esas pensiones solicitadas, esa lamparita de noche, esas tristes máquinas de coser, esos vestidos negros...

RUBÉN DARÍO.

AÑO VI

Buenos Aires, Agosto 21 de 1914

Núm. 114

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO

OFICINAS: VICTORIA, 1287

DIRECTOR

- - Europa en Guerra - -

La crisis de un régimen

Diríanse agotados los adjetivos para calificar a esta guerra, que hoy amenaza con inundar de sangre a Europa haciendo estremecer de horror al mundo. En cuanto a sus causas, a los porqué de su origen, son tantas las afirmaciones como distintas las eimpatías de los opinantes. Hay quien, sinceramente, creque la ambición delirante de un emperador, el kaisor loco como se denomina ya al Guillermo de los mostaches insolentemente erguidos, es la verdadera y inica culpable de la formidable y al parecer inevitable hecatombe.

Todas las conjeturas posibles han sido formuladas. Es bien sabido que la muerte, el asesinato del heredero Fernando, dió pretexto a Austria para declarar la guerra a Servia, chispa ogasionadora del terrible incendio cuyas primeras llamas nos deslumbran. Pero es verdad también que nadie dá a este hecho mayor importancia del que en realidad posee, pues no es medianamente razonable suponer que por tan menguado motivo se arrojen al desastre y a la muerte diez y siete millones de hombres, arrastrando en su violencia la suerte de todo un continente, el más poderoso y, en apariencia, el más civilizado de la tierra. En consecuencia se dice:-culpemos a Rusia, ese enorme oso blanco, con sus patas colosales listas siempre a posarse sobre el centro de la Europa perfeccionada; -arrojemos el peso de todas las responsabilidades contra el cesarismo alemán, engreído hasta la insensatez, ese cesarismo que no ha titubeado un instante en lanzar su guante de desafío sobre el rostro azorado de todas las naciones, pretendiendo aplastar el derecho y la razón de los débiles y los fuertes con las ruedas atronantes de sus cañones:convengamos en que el odio de razas, reapareciendo a través de los siglos, hace explosión de nuevo para proporcionarnos el espantoso espectáculo de la carnicería;-o, por último, no busquemos otro responsable que el propio destino de los pueblos condenados a despedazarse, en lucha eterna, sangrienta y desesperante, desde la cuna del mundo.

Es justo dejar constancia que en el fondo de todas las opiniones prima, radical y unanime, la condenación de la guerra como recurso bárbaro e indigno para resolver los asuntos de los hombres. Se clama contra el desastre y la injusticia, se abomina de la contienda sangrienta y se ve, se siente el deseo de que una luz salvadora, un minuto de reflexión y de cordura, evite la inícua matanza ya comenzada con ardor digno de causa más hermosa.

Sin embargo... He de opinar también sobre el desastre, diciendo mi verdad tan merceedora de atención por lo menos

como la de todos los que no han querido constituirse en sus espectadores mudos.

una situación insostenible.

Considero a esta guerra como la certificación de la crisis de un régimen: el régimen capitalista y gubernamental. Es ella el principio del final de la organización económica que padecemos. Por eso yo afirmo que ha fracasade una organización declarada impotente para solucionar el problema de su estabilidad sin echar mano del recurso sangriento. Porque, vendo al espíritu de las cosas, es necesario también decir que la causa principal de esta guerra ha sido una causa económica, como la de las producidas anteriormente en su mavoría. No el gesto del kaiser loco, pues; sí, la situación crítica y sin perspectiva halagueña de la industria alemana; no la necesidad de la guerra por espíritu de revancha, por odio innato o por idiosincracia de los pueblos; sí el presupuesto elevadísimo para elementos bélicos, de peso irresistible para las espaldas de los contribuyentes después de cuarenta años de aumento progresivo; no el reto fanfarrón del oso blanco sino el cálculo financiero y político de un gobierno tiránico que se encuentra frente a un conflicto interno de carácter popular y libertador acallado fiera y aviesamente con la guerra. Después las demás naciones que entran en juego atraídas por las forzadas ventajas de una guerra liquidadora, guerra que, como ya tuve ocasión de decirlo, sería siempre una solución desesperada para

Y ahora contemplemos el desastre como quien recibe una lección. La gran lección de los pueblos...

ALBERTO GHIRALDO.

La última hecatombe

Como en la tragedia griega, un soplo de fatalidad, ha inflado el viejo pulmón guerrero de la anciana Europa. El drama es el mismo, y aunque el escenario es más vasto, Guillermo II con su gesto feroz de Dios huraño, encarna admirablemente la deidad mala que regía los destinos, en las obras truculentas de los trágicos paganos. Los hechos son más sabios que los hombres y en estos momentos, los monarcas extranjeros, alardean de ir a la guerra impulsados por sagrados intereses, cuando en realidad van al combate en contra de su voluntad y arrastrados y maniatados, como el reo a la guillotina, por la fuerza de los acontecimientos que elllos mismos han preparado y que al manifestarse hoy, los lleva al sacrificio sin darles tiempo para resistirse, sin puerta de salvación para que escapen.

Por encima del dolor y por encima aún de la visión macabra que origina la actual contienda. hay que poner el corazón para que libre el cerebro de ataderos sentimentales pueda ver a través de esta hemorragia, que la Humanidad se salva, y como nadie lo previó, gracias al baño de sangre en que hoy se anega el mundo. Porque en esta guerra colosal; la más hermosa porque será la última, y la más trascendental porque el hombre saldrá de ella maldiciendo de su error; no se trata de la reconquista de un territorio ni de vengar una ofensa, ni de repartirse un reino: se trata de una tácita obediencia a las leves de evolución histórica y nada más. La guerra actual es una consecuencia y no otra cosa: queremos probarlo. Se ha tenido como capital motivo para ella el predominio panslovita en los Balcanes v esto es un error: lo que menos prima en esta contienda es esa cuestión de razas, y el hecho está ahí, testificando tal razón. Rusia centro del «Eslavismo» se une a Francia seno del «Latinismo» y a Inglaterra que es «Sajona». El triunfo de la guerra, si ella fuese de predominio, simplificaría la expansión victoriosa de los latinos que a Rusia ni a Inglaterra les convendría ya que no iban a cooperar en favor de una raza que deprimiese luego la propia. Triunfante Francia, y de no obrar en ella otros factores que los de conquista, poco le costaria formar la Gran Alianza Latina que frente a Austria despedazada por la futura inevitable desmembración de la Gran Croacia, Hungría y Bohemia, opondría a Italia, fuerte v unida dueña de Trento y Trieste y señora absoluta del Adriático en ambas márgenes, ya que la anexión de Albania sería un hecho. Alemania destruída, u organizada en una Confederación de Ducados con las aduanas intervenidas y toda la producción sujeta al mercado francés, de hecho habría dejado de ser un peligro y el Latinismo extendería los brazos sobre Europa, amenazando absorber la misma Rusia, que vería levantarse al calor de Francia la República Polaca y el Estado independiente de Finlandia. Es incierto pues que exista una guerra de razas como se ha dicho: tampoco lo es de ercencias políticas o reli-

Los ortodoxos rusos se mezclan con los anglicanos y los librepensadores galos.

El Zar eslavo y el Emperador de todas las Indias, Rey de Inglaterra se dan la mano, para la acción común, con el presidente de la República más democrática del mundo. Bélgica se pliega a esta alianza y su actitud tiende a ser imitada por las demás dinastias circunvecinas. Nada prueba un plan preconcebido para la defensa territorial de las naciones y para la garantía de las casas reales.

Lo único que se ha visto ha sido la inminencia de una monstruosa guerra ¿con quién? Nadie lo sabía hasta ayer que la bala del estudiante Prinzip—más eficaz que todos los conciliabulos diplomáticos—alzó el punto de mira de los cañones austriacos y dijo «allí» señalando a Servia. Lo mismo que Austria pudo ser Italia quien originase el conflicto, que, siempre hubiera tenido idéntico resultado.

Europa había trabajado cincuenta años para la muerte: el desastre era inevitable: de ahí el soplo de fatalidad que yo he visto agitarse en la contienda. Impuesto al mundo ese tributo espantoso de la paz armada, la razón desapareció dando paso de la locura que en su acerado carro guerrero, trotó sobre la tierra, haciendo retemblar el suelo al sordo paso de las pesadas cureñas. La utopía del «Desarme Universal» era una ilusión de circunstancias.

Jamás las naciones hubieran desgonzado sus poderosas máquinas de guerra, en un acuerdo de partes: demoler los Arsenales, significaba demoler el error: sepultar los cañones era sepultar los privilegios de la fuerza ideal eterna de todos los aventureros que han hecho de los combates un oficio, y del triunfo un motivo de pirateria! El desarme real y efectivo empieza ahora. En el choque formidable y horrendo de los ejércitos y las escuadras que se preparan en silencio para despedazarse mútuamente, el militarismo en sí, será herido de muerte, y al sonar el último tiro de la contienda montruosa, rodará, vencido como todos los prejuicos, en la hora solemne de las grandes acciones.

Medio siglo de parasitismo militar, en el que no se ha economizado fuerza ninguna pero en el que se han derrochado todas las energías humanas, ha tenido como era de esperarse, la negativa virtud de postrar al mundo agotando sus mejores fuentes productivas, malogrando su progreso y deteniendo su evolución ante una enorme muralla de bayonetas. La tierra está exhausta va: no puede dar más de la que ha dado: las entrañas obscuras de las montañas se niegan a ceder más bronce y acero para que el hombre los transforme en balas de 200 milimetros con que ellas mismas se sienten traspasadas como si fueran de papel: los campos asolados por las epidemias y subcionados por un consumo diez veces superior al area cultivada, muestran a los cielos sus secos surcos de tierra greda, huérfanos de humus y avidos del abono reparador. Se ha exprimido al mundo como a un fruto pródigo en mieles, pero sin pensar en ahorrar para la vida una gota sola del licor sagrado. Todo se inmoló en aras del Dios de los combates, y al pie de los cuarteles y en los fosos de las fortalezas la humanidad ba visto quebrarse el tesoro de la juventud, que es como una segunda Naturaleza.

Lo que hoy se hunde en los fondos de los mares, los buques enormes, las riquezas ingentes, los montes de cadáveres, las armas y bagajes que se inutilizan en los campos de batalla , lo inabarcablemente espantoso de ese derrumbe de vidas y cosas a que asistimos, no podrá ser reparado ni reconstruído jamás por los hombres, dado que estos persistieran en rechazar con los despojos sangrientos, el mundo de la barbarie que hoy se abate. Decía Jaurés-ese grande hombre que ha caído como un símbolo frente a la Europa en armas—que todos los desastres y especialmente los guerreros, habían sido al fin útiles, pues de sus candentes cenizas los pueblos renacían a la fe de un nuevo ideal. De esto que es la suprema hecatombe de la historia, ha de surgir un nuevo concepto de la vida.

Sobre la futura República alemana volverá a cantar el ruiseñor medioeval que el gruñido constante y lúgubre de la fábrica de Krupp, zapadora de la muerte, había auyentado: desaparecerá el reino del Canciller de Hierro y los filósofos encontrarán el suyo bajo las frescas alamedas de tilos que fueron el encanto de Heine. Desde allende el Rhin, la filosofía hablará serenamente a la sociología puesta en práctica en París, comuna federal y centro de relaciones de la Confederación de Comunas francesas.

Unido el genio teutón al pensamiento latino, el hombre hallará en la ciencia v en la naturaleza el eamino de perfección que durante tantos siglos abandonara. Grecia tendrá entonces su hora de resurgimiento, y en la función de las modernas razas veránse florecer las milenarias costumbres del pueblo griego, que por haber sido el más culto, sabio y puro de la tierra, fué condenado al sacrificio, por los bárbaros vecinos que bordearon sus fronteras. Es posible aún que la humanidad entera tenga que estrechar sus filas para abatir al resto del cesarismo triunfante que amontonará sus águilas en las fortalezas de Pedro y Pablo. Pero Rusia será vencida con más facilidad que Alemania. Una desgraciada tentativa hacia la Mongolia, donde trataría de hacer presa venida a Europa dispuesta a

rechazarle, y más que todo eso el formidable movimiento revolucionario que tarde o temprano estallará en todo el Imperio, con la cooperación de mucha parte del mismo ejército, dará al traste eon la siniestra dictadura de los Romanoff, sucesores dignísimos—de hecho, bien que no sean de derecho—del bandolero Rurik, creador de la dinastía.

Europa arde; pero ¡qué importa si de ese fuego saldrá purificado el mundo! ¡Miremos el incendio!

C. MARTÍNEZ PAYVA.

La guerra vista por un internacionalista

Sin que el hecho comporte vanidad o auto alabanza, solo admisibles en un escritor difundido, ereo que son muchos los hombres que en este país ronocen mi modo de pensar absolutamente adverso al militarismo y al patriotismo belicoso que actualmente forma la atmósfera moral del mundo. Digo esto a manera de advertencia pura que no se dé a las opiniones que voy a vertir una interpretación distinta de la que deben tenor.

Convencido irreductible de que la paz verdadera, esa paz de que tanto nan habiado los mismos que hoy tanzan los nueblos a la guerra, solo na de instaurarse el día en que la mayoría de los hombres nos pongamos de acuerdo para cucarrilar a la civilización por las vías de la solidaridad y la Inpertad. ideales por cierto, infinitamente superiores a los que sustenta el imperialismo militarista-fruto amargo de la paz armada-que está a punto de ahogar a la civilización europea; convencido de ello y de la inutilidad de los manejos diplomáticos, de las conferencias y de los congresos pacifistas, creía hasta hace pocos días que del pueblo y únicamente del pueblo, podrían sargir la idea y la fuerza necesaria para obligar a los gobiernos a dar fin a este cuarto de siglo de paz armada que estamos abora a punto de trasponer. Pero mis previsiones, que eran las de muchos, han fallado. Primero porque ante la amemaza de la crisis bélica que hace años se cierne sobre Europa, las mayorías, apesar de ser enemigas de la guerra por razones muy simples de comprender, se han dejado arrastrar por el chauvinismo de los gobernantes y de las clases superiores, hasta el punto de complicarse ellas también con su pasividad y su descuido, ayudando a preparar el ambiente militarista hecho insostenible hoy por el exceso. Y luego porque ante la guerra, esas mismas mayorías, inclusive el proletariado organizado, que era el indicado para hacer fracasar toda tentativa de complicación internacional, no han sabido tener, o no lo han podido, ningún gesto de oposición a la locura siniestra de los monarcas de derecho divino. Al contrario, guiadas por los obscuros imperativos ancestrales que dermían bajo la cutícula de la civilización, como las brazas debajo de las cenizas que las oculta, han sido ellas también envueltas en el trálgico torbellino que desde las riberas del Danubio avanza pavorosamente sobre el orba civil.

El fracaso del pacifismo, de todos los pacifismos, inclusive el de los revolucionarios, es un hecho evidente. El humanitarismo en derrota ya no tiene hoy el más pequeño lugar de refugio sobre las tierras del viejo continente, y es posible que a estas horas hayan sido disueltas «mana militare» los últimos restos de la internacional obrera desorientada y atónita.

¿Qué consecuencias pueden deducirse de este rápido proceso de la paz a la guerra mundial? ¿Se retardará la civilización? ¿Morirá tal vez aplastada por los mismos que supieron darle el maravilloso y ránido impulso de las últimas décadas, retornados subitamente al desorden y a la violencia sin freno?... Estos y otros mil solemnes interrogantes pueden

plantearse frente a la inaudita magnitud de la conflagración.

Sin embargo es posible, ateniéndose a las causas de ésta y a los ejemplos de la historia, predecir algo; es posible creer que esta hecatombe guerrera ha de ser la última de las de su indole y, al mismo tiempo, el suceso decisivamente determinante de la futura era de paz universal que la numanidad anhela alcanzar. En efecto, habrendo fracasado ante el poderío incontrastable de los estados, puestos en pie de guerra, las fuerzas antimilitaristas y con cllas el espíritu de humanidad, no se alcanza a divisar otra salida para les pueblos fatigades por la paz armada que la que puede proporcionarles una crisis como la que ahora empieza, la más cruenta posiblemente de todas las que registra la historia. Así como ciertas enfermedades curan de golpe, después de una evidente reagravación de todos los síntomas, así Europa, y con ella nuestra América, herida también por el cancer militarista, advendran al ritmo normal de la verdadera paz, después que los mares y las tierras se tiñan abundantemente de sangre y después que en los campos devastados y en las ciudades reducidas a escombros haya resonado el primer quejido del hambre, de las mujeres y de los niños.

En este momento creo que se habrá llegado a la segunda ecuación del formidable problema. En los países exhaustos de sangre y sumidos en la más nggra miseria, se despertará un deseo universal e incontenible de desenuso y de paz. Los ejércitos derrotados o victoriosos, al volver a los lares antes de retornar la alferada normalidad cuotidiana de la vida útil v ecustructiva, han de reaccionar violentamente contra el estrago a que se dejaron arrastrar inconscientemente y más que eso han de adquirir de gobre la noción de una vida nueva, con lo que quedará impedida fatalmente la acción de las fuerzas retardatarias, que son las conservadoras de hoy. Y así inermes éstas y debilitado el espíritu de obediencia, por razones históricas fáciles de comprender, la paz y el desarme serán hechos inevitables con ouvo advenimiento no podrá menos de regocijarse le humanided

¡Por otra parte quión se atreve a afirmar que las llamadas utopías sociales de hoy no encuentren entonces el ambiente favorable para su realización! Pero muestras pravisiones no pueden ir tan lejos.

Lo único que podría afirmarse sin temor a equivocación es que el militarismo y la monarquía, los dos factores más visibles de la guerra, quedarán definitavemente desacreditados después de la próxima debacle, y que, careciendo ambas instituciones de la fuerza necesaria para imponer al espíritu de la civilización su esencia paralizante y conservadora, serán barridas por los vientos nuevos que hau de soplar sobre la Europa harta ya de obedecer a la voluntad paranoica de las castas superiores.

He aquí, pues, que creo que esta guerra a más de ser fatal es necesaria para franquear el camino a los trabajadores de la nueva humanidad.

JUAN E. CARULLA.

El crimen de la guerra

El crimen de la guerra. Esta palabra nos sorprende, solo en fuerza del grande hábito que tenemos de esta otra, que es la realmente incomprensible y monstruosa: el derecho de la guerra; es decir, el derecho del homicidio, del robo, del incendio, de la devastación en la más grande escala posible; porque esto es la guerra, y si no es esto, la guerra no es la guerra.

La espada de la justicia no es la espada de la guerra. La justicia, lejos de ser belijerante, es ajena de interés y es neutral en el debate sometido a su fallo. La guerra deja de ser guerra si no es el duelo de dos litigantes armados que se hacen justicia mutua por la fuerza de su espada.

Toda guerra es presumida justa porque todo acto soberano, como acto legal, es decir, del legislador, es presumido justo. Pero como todo juez deja de ser justo cuando juzga su propio pleito, la guerra, por ser la justicia de la parte, se presume injusta de derecho.

Que el crimen sea cometido por uno o por mil, contra uno o contra mil, el crimen en sí mismo es siempre el crimen.

Ante la ley distintiva de la cristiandad, la guerra es evidentemente un crimen. Negar la posibilidad de su abolición definitiva y absoluta, es poner en duda la practicabilidad de la ley cristiana.

El día que el Cristo ha dicho: presentad la otra mejilla al que os dé una bofetada.—la victoria ha cambiado de naturaleza y de asiento, la gloria humana ha cambiado de princípio.

El cesarismo ha recibido con esa gran palabra, su herida de muerte. Las armas que eran todo su honor, han dejado de ser útiles, para la protección del derecho refugiado en la generosidad sublime y heróica.

La gloria, desde entonces, no está del lado de las armas, sino vecina de los mártires; ejemplo: el mismo Cristo, cuya humillación y castigo sufrido sin defensa, es el símbolo de la gramdeza sobrehumana. Todos los Césares se han postrado a los pies del sublime abofeteado!...

Todo pueblo en que el hombre es violento, es pueblo esclavo.

La violencia, es decir la guerra, está en cada hombre, como la libertad, vive en cada viviente, donde ella vive en realidad.

La paz, no vive en los tratados ni en las leyes internacionales escritas; existe en la constitución moral de cada hombre; en el modo de ser que su voluntad ha recibido de la ley moral según la cual ha sido educado.

El cristiano, es el hombre de paz, o no es cristiano.

Si no hay más que un derecho, como no hay más que una gravitación; si el hombre aislado no tiene otro derecho que el hombre colectivo.—4 se concibe que lo que es un delito de hombre a hombre, pueda ser un derecho de pueblo a pueblo?

La guerra puede ser legal, en cuanto es hecha por el legislador, sin dejar de ser criminal en cuanto es hecha contra el derecho.

De ahí viene que toda guerra es legal por ambas partes, si por ambas partes es hecha por los soberanos, pero como la justicia es ana, ella ocupa en toda guerra el polo opuesto del crimen, es decir, que en toda guerra hay un criminal y un juez.

Lo que es regla en el hombre individual, lo es en el hombre colectivo.

Decir que a falta de juez es licito hacerse justicia a si mismo, es como decir que a falta de juez cada uno tiene derecho de ser injusto.

Lo que se llama derecho de la guerra de nación a nación, es lo mismo que se llama crimen de la guerra de hombre a hombre.

No habrá paz ni justicia internacional, sino cuando se aplique a las naciones el derecho de los hombres.

La guerra es un sofisma: elude las cuestiones, no las resuelve.

El derecho de defensa es muy legítimo, sin duda; pero tiene el inconveniente de confundirse con el derecho de ofensa, siendo imposible que el interés propio no crea de buena fe que se defiende cuando en realidad ofende.

Distinguir la ofensa de la defensa, es, en resumen, todo el papel de la justicia humana.

La guerra, como el juego, acaba siempre por la ruina.

El día que la contribución de sangre so vote por el pueblo pobre que la paga, su presupuesto de efisión, es decir, la guerra/ será más rara. Pero votar su contribución, es ser Jibre. A medida que los pueblos se pertenezcan a sí mismos, es decir, se goliernen por sí,—sean libres—irán menos a la guerra.

Yo sá que no es fácil castigar a un asesino que dispone de un ejército de quinientos mil cómplices arinados y victoriosos; pero si el castigo material no puede aleanzarlo por encima de sus bayonelas, para el castigo moral de la opinión pública no hay baluartes ni fortalezas que protejan al culpable; y los fallos y la opinión van allí donde van los juicios de la doctrina y de la ciencia que estudia lo justo y lo injusto en la conducta de las naciones y de sis gobiernos, como la luz cruza el espacio, y el fluido magnático los cuerpos sólidos.

Nerón, Cómodo, Dominiciano, son asesinos declarados tales por el fallo del género humano, y condenados a la suerte de los asesinos aleves. Si ellos se levantaran de sus sepuleros y se presentaseu ante las generaciones de esta época, serían despedazados como fioras por la venganza popular.

Pues bien, este agente imponderable,—la opinión—que antes necesitaba de siglos para concentrarse y producir su justiciera explosión, hoy se encuentra en el momento y en el punto en que la justicia hollada lo hace necesario, al favor de ese mecanismo de mil resortes producido por el genio de la civilización moderna y compuesto de esos conductores maravillosos, que se llaman la prensa, el ferrocarril, el buque a vapor, el telégrafo eléctrico, los bancos o el crédito, el comercio, la tolerancia, la libertad, la ciencia. Formado el rayo, falta saber sobre qué cabeza debe caer.

Con solo dar toda la responsabilidad de la guerra a los autores de la guerra, la repetición de este crimen de lesa humanidad se hará de más en más fenomenal. Pero la guerra es un acto de gobierno, reputado como acto o prerrogativa del gobierno por todas las constituciones. Se declaran por el gobierno, se

hacen por el gobierno, se concluyen por el gobierno. Luego la cabeza del gobierno responde de ella en primera linea. No porque su poder, es decir, la fuerza lo exima del castigo, lo escusa de la responsabilidad del crimen.-La impunidad no es la absolución. El del criminal no consiste en sufrir la pena, sino en proceso no hace el crimen; y el verdadero castigo merecerla; no es la pena material lo que constituye la sanción, sino la sentencia. Es la sentencia, la que destruve al culpable, no la efusión de su sangre por un medio u otro. Pero la sentencia, para ser eficaz, debe fundarse en la ley. Que la ley universal, que la lev de todo el mundo, es decir, que la razón libre de las naciones, empiece a señalar como el autor del crimen de la guerra al que es cabeza del gobierno que lo ejecuta.

Rico o pobre, rey o siervo, el que mete el dedo en el fuego se guema. He ahí la justicia natural.

Así está legislado el mundo físico y así lo está el mundo moral. Toda violación del orden natural, lleva consigo su castigo; todo violador o infractor es delineuente, y su delito podrá escapar al castigo del hombre, pero no al de Dios, aquí en la tierras sin ir más lejos. La sociedad no necesita infigirlo; le basta declarar el crimen y el criminal y darlos a conocer de todos. Es imposible llevar más lejos el remedio.

El que manda asesinar y aprovecha del asesinato, es un asesino.

El que autoriza el robo y medra del robo, es un ladrón.

El que ordena el incendio y el corso, es un bandido, es un pirata.

Para los asesinos, los ladrones y los bandidos, es el cadalso, no el trono; es la infamia, no el honor ni la magestad del mando.

Todo estado que no puede dar diez pruebas auténticas de diez tentativas hechas para prevenir una guerra como el último medio de hacer respetar su derecho debe ser responsable del crimen de la guerra ante la opinión del mundo civilizado, si quiere figurar en él como pueblo honesto y respetable.

La guerra puede ser fértil en victorias, en adquisiciones de territorios, de preponderancia, de aliados sumisos y útiles; ella cuesta siempre la pérdida de su libertad al país que la convierte en hábito y cos-

La guerra trae consigo, la ciencia y el arte de la guerra, el soldado de profesión, el cuartel, el ciército, la disciplina; y, a la imagen de este mundo excepcional y privilegiado, se forma y amoida poco a poco la sociedad entera. Como en el ejército, la individualidad del hombre desaparece en la unidad de la masa, y el estado viene a ser como el ejército, un ente orgánico, una unidad compuesta de unidades, que han pasado a ser las moléculas de ese grande y único cuerpo que se llama el estado, cuya acción se ejerce por intermedio del ejército y cuya inteligencia se personaliza en la del soberano. He ahí los efectos políticos de la guerra, según lo demuestra la historia de todos los países y el más simple sentido común.

La paz armada es una campaña sin pólvora contra el país.

En las guerars vecinas, se salvan los heridos; en las guerars lejanas, todo herido es cadáver. El que invade un país antipoda quema sus naves sin saberlo; y si no logra conquistar, es conquistado.

Como la guerra ocupa el poder y tiene el gobierno de los pueblos, ella es la ley del mundo; y la paz no puede tomarle su ascendiente sino por una reacción o revolución sin armas que constituye este problema casi insoluble:—el de un angel desarmado, que tiene que vencer y desarmar a Marte, sin lucha ni sangre.

...La paz tiene que salir al fin-victoriosa y tomar el gobierno del mundo, a médida que los pueblos, illustrâudose y lugiorándose, se apoderen de sus destinos y se gobiernen a sí mismos; es decir, a medida que se hagan más y más libres, como tiene que suceder por la ley natural de su ser progresista y perfectible.

La libertad traerá la paz, porque la libertad y la paz son la regla, y la guerra es la excepción.

El día que el pueblo se haga ejército y gobierno, la guerra dejará de existir, porque dejará de ser el monopolio industrial de una elase que la cultiva en su interés.

JUAN B. ALBERDI.

Profecías de Jaurés

Las consecuencias de la guerra europea

Hoy sería locura y vanidad recurrir a la guerra para realizar, para hacer posible después el desarme general. Hay personas que dicen que ya que se quiere la guerra y se la prepara, que se la haga de una vez. Y cuando la guerra haya estallado, cuando se hayan producido los castigos, entonces podría instituirse la paz universal. Eso es una burla.

Si la humanidad no tiene hoy la fuerza, la sabiduría, la potencia de razón para poner un término a los furores y brutalidades de la guerra, la tendrá menos después de una conflagración nueva que exasperara en unos el orgullo de la victoria y en otros el resentimiento de la derrota.

No; no es una guerra, un nuevo desencadenamiento de locura, lo que podría enseñar a los hombres y a los pueblos la moderación y la razón.

Pongamos a Francia e Inglaterra de un lado con Rusia, y a Alemania y a Austria-Hugría del otro y supongamos un conflicto entre esas fuerzas. Si fuera Alemania la vencida, si el capitalismo inglés destrozara las fuerzas navales de Alemania, prohibiendo a la Alemania vencida tener desde entonces una flota, gereéis que Alemania, con sus sesenta millones de habitantes, la fuerza de su ciencia, la riqueza de su subsuelo, la abundancia de minerales, y la necesidad de producir y de vender para vivir, crećis que no se rebelaría nuevamente contra esa situación subalterna? No: espiaría la ocasión, y como se reconstruyó después de Jena, como surgió después de 1806 del fondo del abismo, se levantaría también contra esa dictadura militar y económica. Supongamos la hipótesis inversa; que fueran Inglaterra y Francia las vencidas. A Francia no se la podría reducir a ser una provincia más, porque es difícil ya asimilar y germanizar la Alsacia y Lorena. Se la condenaría a desarmarse bajo la ley del vencedor, o se la haría la tributaria y la esclava de la Alemania victoriosa. ¿Creéis que soportaria mucho tiempo esa humillación intolerable Y en cuanto a Inglaterra, vencida y despojada de sus colonias, las olas del océano irían a murmurarle al chocar contra sus costas, las grandezas del pasado, despertando en las conciencias la idea de la nacionalidad.

Así, pues, es una ingenuidad o una farsa esperar que la guera sirva para asegurar la paz. Es la paz lo que debe ansiarse. Es necesario comprenderla o tratar de comprenderla. Es necesario, por nædio de una propaganda incesante entre todos los pueblos, mostrar cuál sería hoy el peligro, el desastre, para el nuevo y viejo mundo, para todos los países y clases, de una gran guerra europea... Desastre económico no tan sólo para los pueblos directamente comprometidos, no sólo para las naciones que tendrían que estar todos los días alimentando el monstruo devorador de sangre y de dinero, sino para todos los pueblos trabajadores de la tierra, en virtud de una ley de solidaridad económica que hoy es más fuerte que nunca.

A pesar del proteccionismo, a pesar de la distancia, los intereses de todos los pueblos son cada día más estrechamente solidarios, y si uno de los pueblos que producen pero que también compran es arruinado, si disminuye su potencia de consumo, todos los otros pueblos sufrirán directa o indirectamente. Se quiera o no, hoy hay una Internacional de la riqueza como hay una Internacional del trabajo.

Hace tres años los financistas y capitalistas de la Bolsa de Berlín se reunieron y demostraron con estadísticas precisas que la guerra que estallara entre dos pueblos sería la ruina para una cantidad de pueblos. Hay en la cartera de los capitalistas de Europa valores de todo origen y de todos los países. En todas partes hoy los pueblos viven a la vez de su trabajo, de su riqueza acumulada y del crédito que anticipa el porvenir. En períodos normales, en tiempos de bonanza, el crédito surge y el porvenir se anticipa, pero si la tempestal sobreviene, la baja del crédito, la ruptura del crédito se produce instantaneamente, con los trastornos de todo orden que es posible imaginar para la vida económica de un país. La industria alemana se apoya, por eiemplo en los Bancos v los Bancos tienen valores librados a todas las fluctuaciones del mercado internacional. Esa industria reposa, por lo tanto, sobre una base fluctuante, de modo que en virtud del desastre de una guerra podría sufrir un naufragio

Hace algunos años hemos visto a los Estados Unidos, a pesar de su enorme potencia industrial, destruído hasta en sus fundamentos por una crisis de Bancos, por una crisis monetaria muy honda. Los depósitos se retiraron y el pánico se desencadenó. Los Estados Unidos, no teniendo numerario disponible, no podían comprar fuera, y en la industria de los otros pueblos que trabajaban para América ese pánico se dejaba sentir correlativamente. Fué necesario que Europa corriera en socorro de los Bancos de los Estados Unidos, para apuntalar un crédito sobre el cual se apoya la riqueza universal de las naciones por esa ley de solidaridad. De modo que hoy, por una ley de entrelazamiento, de entrecruzamiento, a pesar de los odios, egoismos y conflictos, un pueblo no puede descargar un golpe sobre otro pueblo sin causarse a sí mismo perjuicio.

Una guerra europea traería además otras consecuencias, en las cuales parece que los gobiernos y las clasos poseedoras no han pensado lo bastante.

Yo deseo profundamente que se produzcen grandes y hon las transformaciones, para bien de la humanidad, pero deseo que se desarcollen por una evolución coordinada. Y cuando interrogo la historia , compruebo que la guerra ha exasperado siempre en Europa las pasiones sociales, haciendo estallar en commociones violentas las ansias de reivindicación.

Las trágicas jornadas de Septiembre y la masacre de los prisioneros, fueron una consecuencia de la sobrexcitación provocada en la conciencia del pueblo revolucionario por el anuncio de la invasión por la inminencia del peligro. La Comuna surgió al mismo tiempo de la protesta republicana de París y de la fiebre dejada en el pueblo por largos meses de guerra, de angustias, de deseperación y de revuelta.

La revolución rusa estalló después de la guerra entre Rusia y el Japón. En España es con motivo de la empresa marroquí que el pueblo se levanta viendo despilfarrados en aventuras coloniales los recursos que el país necesita para desarrollarse; y, en medio del pánico surgido en Bilbao y Barcelona, la revolución triunfó por un momento, terminando después con expatriaciones y con sangre.

Que los conservadores del mundo entero tengan cuidado! No es posible hoy, y lo repito hasta la saciedad, no es posible desencadenar la violencia de la guerra sin desencadenar la violencia de la revolución. Nunca la crisis social ha sido tan profunda como hoy. A pesar del progreso realizado, a pesar de la esperanza de un porvenir mejor, el pueblo sufre y se agita. La carestía de la vida aumenta. Las exigencias de los proletarios, ante el progreso colosal de la fortuna social, se agravan. Las almas obreras están cargadas de sorda cólera, de fuerzas explosivas. Días pasados en la vieja capital de los Hasburgos, por mucho tiempo somnolienta, el pueblo sublevado desbordóse en las calles para protestar contra la carestía de la vida. En la región industrial del Norte de Francia, región disciplinada por el socialismo reflexivo y organizado, las mujeres, como en los días de la Revolución Francesa, como en los días en que el pan faltaba, salieron a la calle haciendo un llamado a la fuerza. Tal es la tensión de los espíritus, tal es el vigor de las reivindicaciones proletarias, tal es/su cansancio de ver malgastados en obra de destrucción lo que necesitarian para mejorar su destino. Y aún esa clase obrera inglesa, cuya tranquilidad han señalado muchos, pero que desde hace dos generaciones se ha disciplinado bajo la dirección de jefes socialistas enérgicos y decididos, ha paralizado las minas de Gales y los puertos de Inglaterra, realizando las huelgas más tumultuosas y violentas que desde hace cincuenta años registra la historia del pueblo obrero inglés.

Son locos, pues, los que no comprenden esas advertencias, los que no comprenden la fuerza de explosión social que se desencadenaría el día en que la guerra estallara con sus llamas, furores y cóleras. ¡Oh!, ciertamente; no en los primeros días de la movilización, sino en las vicisitudes del combata, en la obscuridad de las noticias contradictorias que vendrían del campo de batalla, sobre el cual había descendido la noche, en las alternativas de victorias y derrotas, en la carestía de la vida, en el sufrimiento de la crisis industrial y comercial. Los corazones se levantarían en cualquiera de esas circunstancias.

Y no se imagine que la guerra de mañana sería una guerra corta, bastando unos cuantos golpes para veneer al rival; ni se imagine que el vencedor se aplacaría con los laureles de una rápida victoria y que el vencido se sentiría aplastado por el estupor de una súbita derrota. No; en la situación en que se encuentran las fuerzas militares europeas no hay un solo pueblo que pueda obtener fácilmente la victoria. La guerra de mañana sería la guerra de formidables masas de hombres. En un trabajo anterior he dicho que la Francia podría disponer de dos milones quinientos mil hombres, y aunque nuestro estado mayor calcula en sus teorizaciones no utilizar las últimas clases, el hecho es que no se

podría prescindir de ellas. Y Alemania a pesar de la desconfianza que sus dirigentes tienen en las grandes fuerzas de las reservas, se vería obligada a movilizar también uma colosal fuerza armada. Serían, pues, millones de hombres contra millones de hombres, y no podrían realizarse esas maniobras fulmíneas que destrozaran enseguida al adversario, material y moralmente. Las maniobras que placían a Napoleón y a Molke, que luchaba contra ejércitos numéricamente inferiores, esas maniobras envolventes no son posibles cuando masas formidables cubren regiones enteras. La lentitud de las operaciones de la guerra ruso-japonesa dicen bien claro

la lentitud de una guerra que estallara en el continente europeo. Además, los instrumentos de descrucción son tan poderosos que los ejércitos antes de batirse piensan en hacer trincheras, cubriéndose en el terreno. La guerra no tendría esos movimientos rápidos de columnas, esas maniobras envolventes, sino que sería una doble guerra de sitio, la lucha de dos grandes multitudes humanas, que tratarían de obrar con la mayor prudencia, sorprendiendo los desfallecimientos del adversario y sus descuidos.

JEAN JAURÉS.

LA DELEGACIÓN A LONDRES

Renuncia del delegado.—Causas y efectos.—Las fuentes del error.

Son del dominio público ya, los sucesos que dieron origen a la renuncia del delegado al Congreso Internacional Anarquista que debía de realizarse en Londres.

Debemos no obstante, una explicación a los lactores de Ideas y Figuras, va que en sus páginas fué comentado aquel acontecimiento, y sobre todo por ser su director el delegado renunciante. La verdad debe ser dicha para que los buenos sepan quienes son los malos; es decir, quienes son los torpes, pues en este caso, no ha habido más que torpeza llana y primitiva en los que han intervenido para vergüenza del ideal y daño de la propaganda-asumiendo la representación de organismos e instituciones que muy poco favor se han hecho al delegar sus intereses en manos tan incompetentes. En pocas palabras trataremos de decir las muchas cosas que el asunto encierra, sin perjuicio de volver a insistir sobre lo mismo siempre que la grafomanía en auge, persista en desvirtuar los hechos, utilizando la mentira como una bandera de combate. Responsabilicemos.

«La Protesta»

Con gran dolor de muchos y asombro de todos, constatóse desde un principio que en las columnas del diario colectivo, no había espacio para la propaganda escrita que la delegación reclamaba, pero si, para su desprestigio, ya que en un diario de esa naturaleza, hacerle el vacio a esta iniciativa era hacerle la guerra. Partiendo desde viejos antecedentes, se ha evidenciado la desviación doctrinaria de la hoja anarquista, que ha combatido tenazmente, arbitrariamente, la idea de la organización anarquista, ignorando tal vez que, frente a la detención de la acción gremial como eje dinámico de la revolución, ésta nueva manifestación del anarquismo exigiria más que el ataque agresivo, la más efusiva y predilecta atención revolucionaria.

En «La Protesta» se combatió pues, desde un principio la delegación a Londres, y en nuestro poder obran cartas-descontando las declaraciones públicas que algunos miembros de la misma F. de las A. A., hicieron-donde se prueba con deslumbrante evidencia, que los primeros trabajos realizados en ese sentido, fueron abiertamente obstaculizados en el diario. ¿Qué razones abonan este criterio? ¿Es un peligro la organización anarquista? Si hubo razones debieron darse a tiempo y medida, si existe peligro en la acción unificada del anarquismo debe demostrarse. Para nosotros nada de esto ha habido. Los organizadores anarquistas han elegido un buen camino y tienen muy buenas intenciones pero carecen de voluntad, firmeza v talento para esa grande obra de acción y reconstrucción revolucionaria; el diario, náufrago del mar de la mediocridad a que la desorientación lo ha arrojado, ha pretendido dar la voz de salvación a los que creyó extraviados: la falta de inteligencia fué siempre el origen de todos los desastres.

La designación del delegado

Hemos dicho que por incapacidad y extravío, se ha tratado de obstaculizar siempre todo lo que emanase de las organizaciones anarquistas. Al elegir estas a Alberto Ghiraldo como delegado al Congreso, en una reunión especial donde estaban presentes la mayoría de los delegados de las agrupaciones que integran la Federación, la sorda animosidad que latía en el diario, tomó cuerpo aumentando en capciosidad y en política mala, hosca y traidora. Nadie había previsto los sueños de expansividad y regalo que la delegación significaba para algunos y nadie pudo preveer tampoco hasta el último momento que tan indigno deseo fuera el caballo de batalla de ciertos aventureros, «salteadores del ideal», como acertadamente se les denominó en otra ocasión. Penetrado el delegado de la responsabilidad que al aceptar tal cargo asumía ante el criterio colectivo, trazóse un plan de campaña con el fin de dar a la delegación el interés y la alta importancia social que merecía. El delegado aceptó la misión representativa dos meses después de ser lanzada la iniciativa, vale decir 28 días antes del plazo máximo fijado para la partida.

Hasta ese momento la F. de las A. A., solo tenía, en depósito 280 \$\frac{1}{2}\$, cantidad a todas luces insuficiente para empresa semejante. 20 días después, trás una activa campaña, periodística y oral realizada principalmente por el mismo delegado, el fondo de la delegación ascendía a más de un millar y medio de pesos. A esta altura de los hechos, la sorda inquina, la mala fe, el rastrerismo maleante que a toda costa trató de restar fuerzas a la noble tarea, adquiere doble personalidad y aparece en el escenario de la propaganda disfrazado de Sylok. Lo que jamás pudo esperarse como manifestación morbosa dentro del organismo colectivo, hizo esta vez aparición, enmudeciendo de horror la conciencia incontaminada de los serenos militantes.

Nos repugna tratar sobre ciertas enfermedades: ésta que hemos descubierto está dentro de la excepción. ¡Un puñado de monedas reunidas por la actividad y el prestigio de un grupo de compañeros ha producido el vergonzante espectáculo de ese diluvio de manos extrañas que se las disputan!... En verdad que nos horrorizamos y preguntamos a los interesados: ¡compañeros! ¡quiénes son esos agiotistas?

El voto colectivo

Plena, absoluta y terminante ha sido la demostración de confianza que la colectividad hiciera al delegado. En todos los actos realizados para tales efectos la voluntad anarquista fué unánimemente favorable hacia el que eligiera como representante v responsabilizara como delegado. Los temas puestos por este a aprobación colectiva fueron tácitamente sancionados por aquella. ¿Es suficiente pues para conferir al delegado la misión representativa el comité de la F. Anarquista, unido a esa inmensa masa de compañeros que hiciera acto de presencia en todas las asambleas donde aquel hablara? Creemos que sí, pero dando la razón todavía a los que han tenido como recurso la sonatina esa de que «tal podía ser la voluntad de tres ciudades, Buenos Aires, La Plata y Rosario, pero no la del interior» ahí estál la opinión pública y serena-manifestada con anterioridad al nombramiento del delegado por la Federación—de los pueblos v villas de campaña que designan en mayoría a Alberto Ghiraldo como representante ante el Congreso de Londres.

Las fuentes del error

Hemos dicho ya que lo que aquí ha habido desde un principio, fué maldad por terpeza, v terpeza por falta de inteligencia: ¡he ahí las fuentes del error! Desde un tiempo a esta parte, una especie de relajación doctrinaria ha minado la franca, sana y abierta propaganda revolucionaria. No precisamente para hacerla más violenta y mucho menos aún para hacerla más intensa y expansiva, la acción militante del anarquismo, ha sido retrotraída hacia la obscuridad estrecha de los círculos, hundida en el criterio dogmático y maniatada en el aislamiento. Parece que la idea de un retorne funeste a la antigua táctica de propaganda silenciosa y subterránea. trabajara en los carebros, con grave perjuicio para la verdadera acción anarquista que debe tender siempre a ser más libre, más vasta y más elevada. Por otra parte, la ola de mediocridad que ha sentado plaza como factor dispositivo en el seno de la colectividad alienta esta desviación tratando de hacerla cada vez más honda, ya que un total alejamiento de las claras fuentes de la sinceridad y la inteligencia serán siempre la mejor garantía de su nocivo predominio. Así hemos visto formarse esas camarillas de ineptos que alardeando de sentimientos puros, integridad doctrinaria y otras detonantes virtudes, han forzado, violado y engañado la opinión colectiva, haciéndola cómplice de las malas causas v alejándola arteramente de todo lo que pudo ser su punto de apoyo para la acción revolucionaria.

En una palabra: con pretexto de intelectualismo y doctrinarismo se ha hecho de la propaganda anarquista una cosa híbrida, insignificante, falta de toda eficacia, atrabiliaria y pedante. La doctrina filosófica más amplia, más sana y menos dogmática que ha soñado el hombre nos amenaza con transformarse ahora en un símbolo de cofradía, para servicio exclusivo de un reducido círculo. El diario mismo desde hace tiempo, según la gráfica expresión de un camarada, ha dejado de ser órgano de la colectividad para semejarse en todo y por todo a sun periódico de harriox.

Lo que ha hecho crisis en la cuestión del delegado existía en la colectividad como mal endémico. Es preciso entonces reaccionar cargando a los hombres con sus errores para que el ideal se salve. No hay peor tiranía que la de la inconsciencia.

La falsa acusación

La típica y popular conseja que indica fulminar con la calumnia al enemigo diciéndole primero lo que aquel con sobradísima razón pudiera decir después, ha sido aprovechada esta vez con poca habilidad y menos resultado. Dos líneas bastan para probarlo. Se dijo que el delegado había hecho cuestión de dinero y esto es falso absolutamente, como sería suficiente para demostrarlo, lo que más arriba expusimos sobre la obsesión del oro que concluvó de ensombrecer lo poco que quedaba de conciencia en los promotores del conflicto. El delegado ha hecho cuestión de dignidad y nada más: el egoismo estaba precisamente de la otra parte. Nadie se ha preguntado aún sobre la situación del delegado en el caso de que la suma reunida para sus gastos hubiera sido exigüa. Si el caso hubiera ocurrido, seguros estamos de que, los que tanto han alardeado, intrigado, mentido y calumniado, no habrian tenido boca suficiente para pronunciar media palabra, v menos habrían tenido todavía, voluntad de acción y desprendimiento personal para salvar la dificultad que el delegado habría afrontado, como ha afrontado siempre estas cosas: serena v decididamente v dispuesto en todo momento y pese a todo, a cumplir con su deber de luchador. La falta de unas monedas jamás hubiera sido obstáculo para que el delegado estuviese presente en el Congreso de Londres. ¿Dónde están entonces los que hicieron verdaderamente cuestión de dinero?... Que la conciencia anarquista los busque y los señale.

Es de elemental corrección que cuando a un luchador se le solicita para el desempeño de una misión cualquiera-mucho más en este caso en que el solicitado debía ser factor de éxito en lo que se proyectaba-se le expongan las condiciones en que deberá desenvolverse para que él pueda a su vez en idénticas condiciones proponer otras, rechazar estas o aceptar las que creyere lógicas. Al delegado nada se le dijo: se le responsabilizó de la misión en su fase inicial y final: es decir, se contó con él para el triunfo aquí y alla, pero sin ponerle limitaciones ni marcarle tal línea de conducta y acción: todo se libró a su criterio, en el cual debía confiarse y el delegado creyendo que trataba con compañeros de verdad, con hombres definidos y de conciencia, hizo todo lo que ha hecho. en beneficio de su desempeño y en bien del ideal, que en los actos realizados, ganó para su gloria nuevas simpatías y nuevas fuerzas. Cuando ya no habría faltado otra cosa que el cordial saludo de despedida, ciertos sujetos, para quienes no puede haber significación personal en esta revista, aprovechándose de los azares de la propaganda,—que delega muchas veces sus intereses en sospechosas moralidades,-se posesionaron de los fondos y dijeron entonces: «ahora queremos esto, lo otro y lo de más allá». Juzgando a los demás por la propia pequeñez se quiso imponer a la delegación una serie de cláusulas indignas, porque no se trataba en ellas de la mejor forma de representar al anarquismo en el Congreso sino de la mejor forma comercial de apropiarse de un dinero que no les pertenecía. Probándoles que iamás el oro había regulado el peso de sus acciones, el delegado presentó su renuncia, lo que para aquellos significaba garantizarles la posesión del dinero, único móvil que les guiara.

La falsa acusación queda pues desvirtuada, y la culpa vuelve a los culpables como vuelven a la piel las manchas gangrenosas de un mal orgánico, que, no puede desaparecer jamás, aunque aquellas se eclipsen brevemente. Insistimos en que la sana conciencia anarquista debe señalar a los agiotistas pidiéndoles cuenta de sus acciones pasadas, presentes y no decimos futuras porque confiamos en que habrá suficiente energía para impedir que las realicen.

Las seis horas

El delegado no quiere discutir aquí, las peregrinas afirmaciones que sobre este tema a presentarse en el Congreso, se han hecho recientemente.

Se limitará a sostener una vez más su concepto personal con atingencia al asunto. La economía política jamás puede ser la ciencia inspiradora del anarquismo. Es economía política todo lo que sin transformar la sociedad regula su desarrollo en la producción, en la distribución y en el acaparamiento. «Ni la misma ciencia puede regir la vida» decia Bakounine-y fiel a este concepto, el delegado opina que no pueden haber leves fijas de economía que obren como factores de preferencia en la acción y evolución anaronista, sino simples métodos de lucha que, sin hacer sistema, permitan con su aplicación un más libre ejercicio de la voluntad. inteligencia y energia humanas. Como anarquista sabe perfectamente,-mil veces lo ha probado,que mientras exista el Estado en su doble personalidad, de fuerza negativa v coercitiva, la libertad será imposible, pero como luchador siente, comprende y sabe también que una hora que se reste a la esclavitud patronal por parte de los obreros, es una hora que se gana para el estudio, para la tranquilidad del hogar obrero, y sobre todo, para la revolución, ya que un triunfo no vale tanto en su resultado inmediacola mejora-como en su resultado futuro, la acción revolucionaria que ese principio de rebeldía triunfante prepara. El mal latente que conturba al mundo, o sea la acumulación de los obreros sin trabajo fué previsto y sostenido como tesis por el delegado en una de sus obras dramáticas, «La Columna de fuego», puesta en escena mucho antes de que el fenómeno hiciese erisis violenta entre nosotros.

Esto que podría ser una respuesta a los que ignoran que el que siente puede saber, ha sido el motivo del tema de las seis horas que llevaría al Congreso.

Casi toda la lucha gremial del presente momento opera alrededor de la conquista de las menos horas de trabajo por ser esta la más real victoria que sobre el capital y la esclavitud se obtiene ya que el jornal puede ser contrapesado en su aumento por la suba que el capital hiciese de los artículos de consumo: las horas de libertad arrapcadas al patrón nada, ni nadie puede restituirias a los explotadores. El delegado que sabe esto, como sabe otras cosas que ha sostenido en el «Balance social de un pueblo» expuso públicamente la necesidad de esta conquista que aparte de tender a equilibrar la situación desesperante de los obreros desalojados por la maquinaria, entraña el doble carácter de la lucha por la libertad y no solo por la comodidad, que hasta abora fuera el móvil capital de casi todas las huelgas.

Todas las eiencias han fracasado cuando han querido preveer u ordenar el desenvolvimiento ulterior de las colectividades humanas. La ciencia de la vida y desarrollo de una sociedad exenta de autoridad y privilegio no será la que dieten los manuales de confección que hoy se escriban, sino la que impongan los acontecimientos y el libre ejercicio de la conciencia popular que siempre ha sido más sabia que todos los filósofos. El Congreso no iba a bacer la revolución, cuando más trataría de prepararla: las seis horas, pues, era un tema de oportunidad digno del Congreso desde cualquier punto de vista. Ya hablarán por nosotros los acontecimientos.

Un detalle importante

En la asamblea pública solicitada por el delegado para exponer ante la colectividad las poderosas razones que habían motivado su resuelta actitud, se hizo constar esto: «que el delegado renunciaba a la misión oficial conferida a él por la F. de las A. A., pero no a la misión anarquista de que tan espontáneamente lo hiciera responsable esa decena de millares de camaradas que en Buenos Aires La Plata y Rosario, le exhortara con su aplauso. Dijo el delegado que renunciaba al dinero y al desenpeño que tan dolorosamente se disputaran el extravío y la inconsciencia más que quedaba

subsistiendo en él siempre, la convicción de que la aprobación colectiva puesta en evidencia tan brillantemente era el verdadero y formal compromiso que lo acreditaba como delegado ante el Congreso de Londres, donde haría acto de presencia sin aceptar el peculio colectivo.

La actual contienda europea, a efectos de la cual la compañía marítima notificole que no podía comprometerse a desembarcarlo en puertos ingleses, vedados por orden real a todos los extranjeros, le ha impedido realizar el viaje a Londres. Solo un obstáculo de esta naturaleza podía haberse interpuesto para el cumplimiento de aquel compromiso.

Resonancias

Son infinitas las demostraciones de simpatía y adhesión que al delegado han llegado. Trátase en tanto, en muchas localidades del interior, de exteriorizar en actos públicos la desconformidad que el mal proceder de algunos y especialmente de «La Protesta», ha causado. Por su importancia, transcribiremos los temas de discusión, que la agrupación anarquista «Rumbos Nuevos» con asiento en Tueumán, ha propuesto, en razón de que «La Protesta» carece de una verdadera orientación anarquista «puesta de manifiesto en los últimos números». He aquí la síntesis de la circular recibida:

«Este Centro de Estudios Sociales propone a los camaradas de la República una reunión en un punto determinado del país, para tratar los siguientes temas: 1.º ¿«La Protesta» pertenece a la colectividad anarquista o al Comité Administrativo ? 2." ¿Cómo está formado el Comité Administrativo? 3.º ¿Es conveniente marcar una norma de coducta la la Redacción y Administración? En qué forma? 4.º Es conveniente suprimir del diario esos dimes y diretes e injurias grataitas?» De realizarse esta reunión, feeundos serían sus resultados ya que los firmantes no tienen otro interés que el de ahogar «las pasignes bastardas de los que pretenden oficiar de pastores»,-pastores muy torpes en verdad agregamos nosotros-puesto que hasta para el daño carecen de talento y valor.

El incidente de Rosario

A raíz de lo que venimos describiendo, la insolencia y la falta de hidalguía, con esa audacia repulsiva de los que comprenden que, varios kilómetros de distancia pueden ser un magnífico escudo para amparase de cualquier peligro, tuvo en la hoja «La Nota» de Rosario, la triste nota que da siempre una agresividad de tal naturaleza. En una despreciable carta abierta, llena de incongruencias y en la que, un irresponsable, daba a los vientos del desaĥogo los alaridos extentóreos de quien sabe qué sorda envidia o traidoras intenciones, se pretendió ofender al delegado.

Respecto a este incidente, pasaremos por alto magnanimamente algunos detalles de indole personal, concretándonos a transcribir la carta dirigida por Ghiraldo al director del mencionado diario y en la que se explica intergiversablemente su actitud. He aquí la carta:

Al director de «La Nota»,—Rosario—Mi estimado amigo:

Con la sanción completa de tres asambleas magnas celebradas en las principales ciudades de la República,—Buenos Aires, Rosario y La Plata, en las que ninguna voz se levantó para atacar mi designación de delegado al próximo Congreso Internacional Anarquista, iba a partir a Londres convencido de que llevaba la representación de la colectividad argentina, después de haber contado con la mayoría de las adhesiones de las entidades revolucionarias, inclusive la de los protestadores de hoy, que, como a delegado me invitaron a dar una conferencia, como a delegado me rodearon con sus personas y que como delegado y representante genuino del anarquismo de América me proclamaron desde el escenario del teatro Colón.

A pesar de esto se pretende desvirtuar dicha verdad en la carta publicada por «La Nota, carta que a no mediar tal circunstancia hubiera merecido el más despreciativo de mis silencios, y en la que con una torpeza y una injusticia flagrante, sin otra explicación que la ignorancia y mala fe del autor, se quiere desconocer mis derechos poniéndose en duda el móvil inspirador de la renuncia.

Y vamos a euentas. Aquí no hav otra mala aeción que la de los malos hombres que por cobardía callaron en la asamblea sus rencores y hoy movidos por la más mezonina de las pasiones tratan de arrojar sombras sobre conductas intachables. Aouí no hav otra mala acción que la de los malos hombres que han engañado a la colectividad, a la Federación de agrupaciones anarquistas y a la delegación designada solicitando sus respectivas cooperaciones para un fin determinado, cuando lo que en realidad descaban era reunir fondos destinados a una empresa distinta y personal para la que han demostrado la más absoluta incapacidad e impotencia a pesar de haber echado mano, para lograr éxito, de recursos tan rastreros como el de las acciones falsas.

Abora para acharar cualquier duda originada al respecto pido a la dirección de «La Nota» la publicación de los signientes documentos producidos con fecha de ayer y esto en obsequio de los compañeros de verdad y de los lectores de ese periódico:

Buenos Aires, Agosto 2 de 1914.—Al compañero delegado:

La Pederación de A. A. ha tomado la siguiente resolución: 1.º Que a la delegación se le entregará para sus gastos la cantidad de mil pesos. 2.º Que el sobrante de la suma reunida será destinado a los presos. 3.º Que el delegado tendrá que enviar correspondencias a «La Protesta».

Agosto 2 de 1914.—Compañeros del comité de las A. A.

A la comunicación de fecha de hoy contesto:

- 1.º Que los fondos recolectados en Buenos Aires, La Plata, Rosario, etc., para la delegación, deben dedicarse exclusivamente, a esta mientras no termine su cometido.
- 2.º Que no puedo aceptar ninguna limitación, porque el delegado debe le llevar la confianza absoluta de la Federación en todo sentido, o no debe ir a Londres.
- 3.º Que la correspondencia entre la delegación y el Comité será directa, pudiendo este hacer de ella el uso que crea conveniente.

Además: como el Comité no puede, sin previa asamblea, destinar para otros fines los fondos reunidos para la delegación, por ser él solamente el ejecutor de los acuerdos colectivos, le desconozco el derecho que se abroga de disponer de dichos fondos arbitrariamente.

Entiéndase de una vez por todas, que no se trata de discutir cantidades mayores o menores de diuero, sino de saber definitivamente si el compañero delegado lleva o no la confianza completa de los anarquistas.

En caso de que el Comité no esté de acuerdo con este criterio, reclamo una asamblea de compañeros a la mayor brovedad, debiendo comunicarme antes la resolución que se tome. Saluda a los compañeros.—Alberto Ghiraldo.

En cuanto a los alardes personales de que hace gala mi pintoresco detractor, solo diré que yo me río de todos los «guapos» habidos y por haber—; oh los guapos a distancia! Soy hombre de buen humor, antes y después de castigar a los insolentes...

Nada más

ALBERTO GHIRALDO.

Broche final.-Guerrilla de cartagineses

Los empecinados de «La Protesta», como si no tuviesen bastante con el lamentable espectáculo que han dado en estos días, a propios y extraños, tratando de escluir a los pocos hombres integros que aún permanecían dentro del campo de la propaganda, se han dedicado con un ahinco digno de causa más noble, a destruirse entre ellos en una lucha intestina que forzosamente y quizá para bien de todos, condueirá a la liquidación completa de las pocas existeneias materiales de la famosa «colectividad» que pernocta a favor de las tinieblas. Es el caso one el Comité de «La Protesta», al cual, a pesar de sus repetidas muestras de incapacidad y de debilidad, se ha de reconocer con justicia su eficaz papel en la obra de la implantación de las oficinas e imprenta del diario, después de las jornadas adversas que sucedieron a Mayo de 1910, interpretando, a medias en el primer momento, las necesidades urgentes para el diario y para las ideas, intentó cambiar algunos miembros del personal de la redacción, precisamente aquellos que se habían venido distinguiendo por su obra divisionista y confusa. Bien, ante esta actitud del Comité, lógica y fundamentada en prácticas establecidas desde largo tiempo y contra las cuales en ningún momento nadie se ha levantado, ni siquiera los que hoy, heridos en quien sabe que puntos excesivamente vulnerables, hacen oides de mercader a sus resoluciones, los señalados por aquel, que también lo habían sido por los buenos elementos de la colectividad, se negaron rotundamente a abandonar sus posiciones regularmente rentadas, si se atiende a la época que atravesamos y llegaron hasta amenazar de hecho al Comité, quedando los redactores y administradores de «La Protesta» conjuntamente con algunos otros señores que también tienen allí cintereses creados», constituídos, a su vez, en Comité, en Comité dueño de nuestra hoja periodística. Los comités, son, pues, abera dos, como eran dos los ladrones biblicos: uno bueno v otro malo...

El buen Comité, que indudablemente no puede negarle al malo su paternidad por las cosas que sabenos, le cobró a este una ojeriza formidable, que se bizo definitiva despu-s del asunto de la delegación. Y así llegó a considerar necesaria una barrida general y en consecuencia una renovación total del personal de «La Protesta», si es que se deseaba que esta no entrara en la fatal agonía. ¡Y aquí ha sido Troya.]

Inútil fué que el Cómité de los buenos se entendiera con un nuevo personal y que adoptara contra sus inclinaciones pacifistas y contemporizadoras, una actitud cuasi bélica. Los malos no aflojaban, ni aflojan. Para dar a los hechos que han producido una apariencia moral, se han puesto la careta de los apóstoles y de los salvadores, comparándose ellos mismos con los genios de la Historia... pero como el gesto, cuando no hay nada dentro de las almas, se convierte en mueca, los sinceros han lamentado tales mesianismos de quincallería, esperando que un rasgo de energía de por fin término a tanta audacia.

Del ambiente anarquista

Gracias a esta noble facultad de pensar que ilumina todos los actos del hombre, único animal que tiene conciencia de sí mismo, la vida es bella, maravillosa y grande en proporción a la vastedad de nuestra mente.

¿ l'or qué atesoramos nuestro cerebro de pensamientos a la par que nuestro corazón de simpatías y entusiasmos? ¿Por qué, aún sabiendo que ciertas ideas son cruces, y ciertos senderos calvarios, cargamos a cuestas las primeras y oponemos ebrios de heroicidad y de orgullo frente altiva y denodada a los segundos? ¿Por qué los espíritus rebeldes a las mentiras o las modalidades de una época, que desde Prometeo a Jesús y desde éste a Zola van jalonando de estrellas el camino de la Historia, antes prefieren que los crucifiquen a rectificar la línca de su pensamiento! l'orque es una sola la ley suprema que rige el secreto de ese equilibrio armonioso de la belleza universal. Gracias a ella todos los energes gravitan hacia la Luz, y todas las almas hacia el Bien, que viene a ser lo mismo. El amor, la sabiduría, la bondad, el ensueño, son las luces del camino encargados de iluminar el paso de mestra alma por la Vida. Según el caso que bagamos de ellas, es decir, según la fidelidad que guardemos respecto de nuestro propio corazón, hallaremos o no sobre el campo de la experiencia el camino del ideal que conduce en línea recta al triunfo o al sacrificio

Nada hay más altruista que la noble función del pensamiento. De la misma manera que no podríamos impedirle al sol que alumbre, al pájaro que eante y a la flor que embalsame el aire con su perfume, tampoco podríamos impedir-a la inteligencia del hombre que externe de mil maneras sus resplandores. La inteligencia humana cultivada es tan riem, que ella halla en sí misma los más elevados goces y las mayores conpensaciones. Pero quienes no son capaces de apreciar el valor que encierran las quimeras y las locuras que galopan en el alma aficbrada de los fipos superiores, tampoco son capaces de apraciar los placeres y las amarguras que encierra para sí el espírita.

El artista, el filósofo, el sabio, el apóstol, el santo, el héroe, son individuos que se han creado un clima espiritual propicio a la exaltación de todos los dones sagrados, que hacen del hombre algo menos que un Dios, pero mucho más que una bestia.

Y no es preciso ser genio para ubicarse en esa zona sub-tropical del idealismo. Basta con que nuestra psiquis se haya sensibilizado a la belleza, abriendose de par en par a todos los horizontes del pensamiento para bendecir la luz venga de donde viniere.

Gracias a la libertad del peusamiento, el alma del honbre se ha imantado de poesía, que es lo que lo hace fuerte y grande para la acción. Lo mismo me refiero al patriota que como Garros se sacrifica en aras de ana entidad abstracta, que a Francisco Ferrer cayendo del banquillo con los brazos abiertos al futuro, gritando: ¡Viva la Escuela Moderna!

i'or lo mismo que no hay goces más altos que los de la inteligencia, tampoco hay dolores más profundos que los suyos.

Cuántas veces quisiéramos arrojar muestra verdad ardiendo sobre el mundo de las injusticias y las imposturas, y el vacío se traga silencioso nuestras voces. Cuantas veces las voces que quisiéramos lanzar lejos de nosotros, para que resonaran como dianas de libertad en el corazón de las presentes generaciones, rebotan como balas muertas en murallas de cobardía o de indiferencia.

Otras veces lleváronse los vientos nuestras palabras y cayeron las ideas en tierras yermas y frías. Pero

dolor grande lo mismo para el sembrador del pensamiento que para el sembrador de granos, es ver que en el campo donde él sembró trigo, nacieron cizañas

Eso suele pasar a menudo en el campo de todas las doctrinas. Eso ha pasado entre nosotras en el campo de las ideas revolucionarias,

Las ideas anarquistas encarnan los sentimientos más altos de humanidad y de justicia. Tienen por base, las bases de tres civilizaciones distintas: el humanismo de Gristo, el panteismo de Grecia y la filosofía social de la Revolución por los derechos del hombre. Escalar tales ideas significa elevarse moralmenta hasta ellas. Y ante todo cabe suponer los dones del carácter en aquéllos que se bantizan de revolucionarios, a Han elevado la moralidad de las masas trabajadoras las ideas anarquistas? (Mucho! En barrios enteros de Buenos Aires que como los de Barracas y la Boca eran focos de lenocinio y delitos de sangre, han desaparecido los hombres maleantes y con ellos las pésimas costundres de la embriaguez y el compadraje. Las sociedades gremiales de resistencia educaron saludablemente a los trabajadores, cambiando totalmente sus hábitos. De entre ellos, salieron en los momentos de prueba figuras fuertes y simpáticas de combatientes, que dieron impulso a la organización revolucionaria del proletariado.

Fero, cambiaron los tiempos. Las leyes tiranas de muestra inquisición política, ralcaron las filas proletarias. Un éxodo triste de deportados ha destruído durante los últimos años la paz del hogar obrero en esta República. La mordaza policial, el cansancio, el desencanto, o el miedo, o lo que sen, hizo llamarse a silencio muchas voces inteligentes y útiles.

Debido a estas y otras causas, débese sin duda, la crisis momentanea de hombres capaces en las filas del proletariado militante, que en este país es en su macoria abarquista.

Los energados de dirigir la propaganda desde el dinrio de la eblectividad o desde el seno de la F. O. R. A., o desde la F. de A. A., son en conjunto los principales responsables de este debilitamiento de las fuerzas del anarquismo.

En estas mísmas páginas de Ideas y Figuras, publiqué hace poco el resumen de un discurso pronunciado en la Casa Suiza con motivo de la delegación al Congreso Internacional Anarquista de Londres, donde con mi habitual sinceridad critiqué el secturismo cerrado de muchos anarquistas, los cuales no han hecho más que esterilizarse en gritos destemplados.

Alberto Ghiraldo, el delegado al Congreso de Londres expuso convicciones semejantes. Esto y la mala voluntad hacia los hombres que no se mezelan en una lucha odiosa, a base de insolencias o tartamudeos literario-filosóficos, con ellos, determinó el conflicto que es del dominio público entre los hombres de ideas libertarios.

Por una carta que publiqué en «La Protesta», declaro que me separo de la llamada colectividad revolucionaria, representada boy por hombres insignificantes, sectarios y perniciosos a la causa de las reivindicaciones humanas. En dicho documento hago la auptosia moral de los hombres. No he dicho que me separo de las ideas, porque las ideas no se separan del espírita como la camisa del cuerpo. Se nos ha pretendido presentar como aristócratas y despreciadores de la multitud. No hay tal cosa. Elegir el escenario de la lucha, no es dejar de pelear, es sencillamente no embargar su liberrtad de acción. En cuanto a la multitud yo he ido siempre a ella, desinteresadamente y la he dado todo lo que podía darla, mi pensamiento. No lo he hecho a condición de dejarme enjaular o domesticar por ella. Jamás, Tam-

poco para domesticarla, sino para intelectualizarla a fin de que se gobierne y se baste a sí misma una vez que haya aprendido a distinguir al hombre del hombre. Yo he caído en el campo de la filosofía ravolucionaria simplemente por la gravitación natural de mi conciencia. Las ideas libertadoras me seducen y la vida me alecciona, sin romper con sus amargas experiencias las aristas de mi optimismo. Los hombres, es verdad que a veres, me han desencantado... Pero eso no rectifica la línea de mi conciencia. No los odio. Me pasa, dentro y fuera del campo anarquista, lo que imagino deberá pasarle al potro salvaje de la llanura cuvos nervios vibrantes no pueden sufrir el contacto del freno o de la montura. Arroja el jinete sin cuidarse de él y eso es todo. Tal me pasa a mí con los burgueses y con los mencionados anarquistas.

Es la segunda vez que ne divorcio de la masa, a la que siempre aporté con amor mis luces intelectuales y de la que par segunda vez, me separo en un gesto instintivo de indomada rebebldía.

El choque ha sido violento en razón de la cfensa injusta, torpe y gratuita que se me hizo desde ese diario lamentablemente escrito y que otras veces fué vocero culto y prestigioso de los ideales del anarquismo, llamado «La Protesta».

Porque me repugnan todas las disciplinas dogmáticas o partidistas, pues ne chocan todas las tiranías, las de arriba, que nunca pude soportar, y las de abajo, que siempre desdeñé, he castigado con mi pluna la mediocridad agresiva de los titulados anarquistas que infestan con odios menguados y sus sectarismos herméticos, la propaganda revolucionaria. Es posible que estos vientos de escándalo que acaban de soplar en el seno de la colectividad revolucionaria, sean para salubrificar la atmósfera que respiramos y para limpiar las filas obreras de los verbómanos insustanciales cuyo único programa revolucionario consiste en disparar los dardos inofensivos de sus epilepsias mentales, desde las columnas de «La Protesta» o desde la tribuna obrera.

Los anarquistas de este Continente no han adquirido todavía el sentido de las realidades históricas, que consiste en quebrantar las fórmulas absolutas aceptando las realidades sociales del presente. Más claro: eligiendo el terreno de la realidad para una acción menos teórica y más constructiva, pues el espiritu crítico puede ser signo de incapacidad o de impotencia intelectual para la obra transformadora que se pregona, si no es capaz de construir. Las nuevas experiencias educacionales, la organización de cien diversas instituciones libres del pueblo, la acción incesantemente cultural de los trabajadores, sin exclusivismos absurdos, podría ser el terreno experimental de la canacidad revolucionaria. No basta declarar malas las instituciones actuales. Es indispensable demostrar en hechos, que podrían hacerse mejores. Así lo hicieron Ferrer en España y Sebastián Faure en Francia, per ejemplo, con sus innovaciones de la educación.

Así deberán hacerlo, dentro de su esfera, los tipos sensatos y sinceros que quedan en la brecha, dentro del anarquismo. Los acontecimientos históricos ser producirán tanto más pronto, cuanto mayor sea, de heche, la capacidad revolucionaria de los trabajadores.

JULIO R. BARCOS.

Demostración a Alberto Ghiraldo

Transcribimos de Crítica, el chispeante y popular diario de la tarde, la siguiente crónica de la demostración hecha al director de esta revista como despedida de su anunciado viaje suspendido momentáneamente por motivos que son públicos:

La fiesta de Alberto Ghiraldo.—Una bella demostración.—Justa de oradores y florilegio de poetas.

Anoche se realizó en el restaurant Monti el anunciado banquete en honor del conocido escritor Alherto Ghiraldo, con motivo de su próximo viaje a Europa. Fué un animado e interesantísimo ágape en el que se desposaban el Buenhumor con la Fraternidad.

Ofreció la demostración en nombre de la Sociedad de Autores de la que lleva una misión Ghiraldo, el doctor Martínez Cuitiño, en frases brillantes y llenas de sinceridad hacia el obsequiado. Contestó éste agradeciendo y declamando los bellos versos que publienmos. En seguida Angel Falco leyó dos hermosos sonetos en loanza al poeta y al camarada. El doctor Joaquín Castellanos hizo una vibrante y gentil improvisación; el doctor Ingenieros pronunció palabras llenas de hondos y claros conceptos; Julio R. Barcos también improvisó con su oratoria precisa y galana; José de Maturana recitó un precioso soneto; el señor Osvaldo Saavedra dijo frases oportunas; Alberto Vacarezzza levó un aplaudido madrigal criollo; Carlos de Soussens tuvo la verba chispeante y risueña; Federico Vega y Vega dedicó palabras afectuosas y en nombre de los trabajadores solidarizados con el obsequiado, habló Feliciano Centurión, cerrando los discursos.

Como se ve hubo notas para todos los gustos. Todos los concurrentes «con diferentes cabezas, como dijo Ingenieros, tenían un solo corazón para querer al antigo que se va, y para aguardar su pronto regreso». Así, sencilla, espiriual, fraterna, fué anoche la fiesta de Ghiraldo.

He aqui, ahora, algunas de las composiciones declamadas anoche; de Alberto Ghiraldo agradeciendo la demostración:

Despedida

1

Compañeros, amigos, pedazos Del alma que dejo latiendo en la tierra Donde vieran mis ojos la luz. Llama pura de amor respetada, Por todos los vientos que, ardientes, soplaron Sobre esta mi vida rebelión y eruz;

Por todos los vientos cargados de angustia, De horror y de sangre, delirantes, locos Vientos encontrados, vientos de pasión, Que fueron a modo de agudas espadas, Cuyes golpes yo fui deteniendo Haciendo coraza de mi corazón;

De lad que mi verso, enal onda sonora, Llevando en su seno mi fe de cruzado, Vibre en el ambiente del grato festin. De jad a la lira que nunca ha mentido, Afirn.ar por siempre que, bardo y guerrero, Voy por mi camino marchando hasta el fin.

Dejad que la lira del bardo proclame Aquesta inaudita verdad soberana Flotando perenne sobre mi dolor; Dejad que ella brote del labio quemante En este momento solemne en que parto Llevando a otros climas mi fuego de anor. Verdad de guerrero, verdad de poeta, Quizás arrogante y alta como torre Que nada ni nadie podrán abatír; Verdad que está a gritos diciendo: el camino Que el bardo y guerrero tomó, ese era El único y grande que pudo seguir.

T

Compañeros, amigos, vosotros Los grandes, los puros, los nobles, los fuertes Que mi vida rodeásteis de laz, Yo os digo: el camino del hombre fué rudo, Pero si su esfuerzo merceió algún lauro Es muy grande el premio, aún más que su cruz!

ALBERTO GHIRALDO.

Buenos Aires, Julio 30 de 1914.

De Angel Falco.—A Alberto Ghiraldo.—Ofrenda de fraternidad

T

¡Alberto! ¿quién ha dicho que nuestro sueño ha

Si aún tu vives, soñando de Arte y de Libertad? ¡Entre el sordo tumulto, o el silente desierto Tú solo, ya eres una armoniosa verdad!

Forjador de quimeras, con tu Dolor experto, Forjaste a luz y a fuego tu personalidad... Annque ya eras nacido para el triunfo cierto Sobre un sagrado escudo de armas, tu voluntad!

¡Ghiraldo! por tu arte que es vida esclarecida! Y por la obra maestra de arte que es tu vida, Porque ilustras tu sueño, porque vives tu rol...

Porque tu propia sangre rubrica tu poema, Y tu pendón cifrado con el altivo lema: ¡Por tu dama Poesía y por tu Rey, el Sol!

п -

¡Noble Heraldo, que partes a la búena ventura! Tu alma fraterna llena la copa convivial que alza la musa amiga a tu gloria futura En la fiesta del canto y en la Justa triunfa!!

¡Caballero armonioso de la Bella Figura! Flordelisado de himnos, armado de ideal... Que el Sol guarde la santa razón de tu locura, Y tu destino abierto sobre el camino astral...

¡Ghiraldo! noble Heraldo del continente libre! Siempre propicio el viento sobre tu nave vibre, ¡Que el Ensueño te lleve y te traiga la acción!

Fúndase en tí en abrazo la América a la Europa; Tráenos una perla más de sol en tu copa, Y en tus labios sonoros una nueva canción!

ANGEL FALCO.

Canción de despedida

(Para Alberto Ghiraldo).

Con tu sandalia fuerte y audaz de peregrino bañado por el cálido sol del idealista, vas a emprender la ruta de otra noble conquista y eres otro vidente Jasón del vellocino.

Florezca en la esperanza de auroras tu camino, como una flor sagrada del trópico optimista, y en tu brillante brújula de cruzado y artista marque su meridiano simbólico el Destino.

Que escuche tus vibrantes himnos la vieja Europa, que levantes de América en tus brindis la copa sonora y diamantina que hacia la Europa Ilevas;

y en los elaros clarines de tus hondas canciones, como inmortales gritos, suenen las vibraciones del alma libre y joven de nuestras razas nuevas.

JOSÉ DE MATURANA.

De Alberto Vacarezza.-Al viajero

Peregrino mensajero del ideal de la justicia, aquilón, rayo y caricia, atleta, bardo y guerrero, mañana parte el velero que irá a cantarle al océano el nuevo fuerte y lozano pensamiento americano en rojas trombas de acero. (Mañana parte el velero...

Alberto Vacarezza,

Entre otros asistieron a la bella demostración los señores siguientes:

Doctor Joaquín Castellanos, Osvaldo Saavedra, Víctor Arreguine, doctor José Ingenieros, doctor Modesto Quiroga, Alemany Villa, Natalio Botana, Julio R. Barcos, Santos Goñi, doctor Juan E. Carulla, Carmelo Martínez Paiva, Federico Vega y Vega, Elías Vega y Vega, Alberto Baguino, Feliciano Centurión, José de Maturana, David Carrizo Rueda, Alvaro Carrizo Rueda, J. Hernández, Alberto Vacarezza, Eugenio Gerardo López, Eduardo Monti, Enrique García Velloso, doctor Vicente Martínez Cuitiño, Manuel M. Otamendi, Pedro A. Zavalla (Pelele), José M.ª Bosch, Pedro Planas Carbonell, Carlos de Soussens, Manuel Otamendi, Fernando Houssay, Alberto Novión, Angel Falco, Felipe S. Alsina, Ricardo M. Castaño, ingeniero Alejandro A. Amoretti, Carlos C. Reissig, Alfredo Torcelli, J. Fernández Coria, Fernando Márquez y Arturo de Bassi.

Se adhirieron con expresivas cartas que evidenciaron extraordinarias y elocuentes simpatías para el obsequiado los siguientes:

Tito L. Foppa, Avelino Cabezas, Ezequiel Soria, Antonio L. Aita, Ricardo Castellanos, Florencio Parravicini, Manuel Díaz, Manuel Ugarte, Félix Lima, Félix F. Cichero, Cruz Orellana, José M. Nagra Herminio J. Quiros, Luis Cordiviola, Silu Togius, A. Sánchez Guzmán, Joaquín Guerreiro, César Carrizo y Julio Ortíz.

La adhesión de la Sociedad de Autores

Buenos Aires, Julio 30 de 1910.

Señor Alberto Ghiraldo. Presente.

Tengo el agrado de comunicarle que la C. D., de esta Sociedad ha resuelto por unanimidad en su sesión del 29 del corriente, adherirse a la fiesta con que se le desipde, con motivo de su viaje a Europa.

Aprovecho la oportunidad para remitirle la credencial que le acredita como representante de esta Sociedad ante las similares de Europa.

Haciendo votos por su felicidad personal así como por el éxito de las gestiones que realizará usted en nuestro nombre, le saluda con el cariño de siempresu affino. amigo y S. S.

Ezequiel Soria.
Presidente.

La credencial

Buenos Aires, Julio 30 de 1914.

En la ciudad de Buenos Aires, capital de la República Argentina, a los 29 días del mes de Julio de 1914, reunida en su local de sesiones la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Autores Dramáticos y Líricos, resolvió por unanimidad de votos otorgar amplios poderes al ex-presidente de la misma don Alberto Ghiraldo, para que gestione, ante las Sociedades similares de Europa, convenios de amistad y reciprocidad en la Administración de las obras dramáticas y líricas.

A sus efectos, se le expide el presente documento.

EZEQUIEL SORIA.

Presidente.

FEDERICO MERTENS. Secretario.

Dr. JUAN E. CARULLA — Ha trasladado su consultorio a la calle Lima 630
Horas de Consulta: de 1 a 4 p. m. — U. T. 65. Libertad.

OBRAS EN UENTA

EN LA ADMINISTRACIÓN DE "IDEAS Y FIGURAS"

$\textit{LA CRUZ}\ (\mathrm{Drama\ en\ 3\ actos})$ \$ 1.00 $^{m}/_{n}$
SANGRE NUESTRA 2.00 >
ALBERTO GHIRALDO por Juan Mas y Pi » 0.50 »
MARIA CLARA (Novela por Margarita Audoux)
CRÓNICAS ARGENTINAS por Alberto Ghiraldo
ALMA GAUCHA (Drama en 3 actos y

6 cuadros) por Alberto Ghiral-

Envío libre de porte a cualquier punto de la República. Descuento a los libreros y Agentes de IDEAS Y FIGURAS. Pedidos a la administración le esta revista, calle VICTORIA, 1287, Buenos Aires.